

CUANDO LA comisión organizadora de este encuentro me invitó a colaborar como ponente en el desarrollo de un tema que vinculara la lingüística con el ámbito de la comunicación social, mi primera impresión fue que este tipo de reflexión podía resultar obvia frente al reconocimiento actual que amplios sectores tanto de comunicadores sociales como de lingüistas hacen de la relación entre el elemento vehicular constituido por el lenguaje, y los mensajes, tanto de los medios vigentes como de otras formas de comunicación que podrían definirse como alternativas o populares.

De todos modos inicié el trabajo colocándome permanentemente en dos polos de reflexión: por una parte en la consideración de la obviedad que marcaría una especie de camino fácil a seguir, por otra, en un camino más difícil: el de la crítica a las marcas que definen esa ciencia formal para buscar una forma de aproximación de su objeto en pautas más amplias que la situarían en diversos grados de confluencia con otras ciencias sociales.

En primer lugar meditaba en el hecho de que este trabajo se iba a situar próximo en tiempo y cualidad a dos instancias de estudio que si bien en el consenso general pertenecen como la lingüística a la gama de las ciencias sociales se ubican en distintas posiciones que suponen, al fin y al cabo, distinto tratamiento de objetos. Economía, sociología, medios, comunicación. La vinculación se muestra claramente: es indudable que el aporte de dos ciencias básicamente explicativas, teoría económica y teoría de la sociedad se coloquen en situación opuesta a la lingüística: las propuestas de interpretación y explicación en el caso de la economía y la sociología nada tendrían que ver, aparentemente, con el carácter

* Presentado al "Primer Encuentro Latinoamericano sobre la enseñanza de la Comunicación", Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 5 al 9 de junio de 1978.

de ciencia instrumental que sustenta la lingüística. (¿Es la lingüística como las matemáticas?, ¿como la teoría de la información?, ¿como la geometría, por ejemplo?). Aunque muchos lingüistas abundemos en buenas intenciones, el mito de ciencia pura y ahistórica nos abarca y paraliza. Pero, más allá de los buenos propósitos de integración y acción político-social que sustentan muchos lingüistas, ofreciendo sus valiosos conocimientos para paliar en parte las agresiones lingüísticas que sufren los sectores populares o las aberraciones manifiestas que presentan los sistemas educativos en materia de política lingüística, existe un cuestionamiento sobre la índole de esta ciencia que por lo menos en nuestros países no ha sido suficientemente debatido. Buenos propósitos, pero, ¿cuál es la realidad de nuestro proceso científico?, ¿cuáles son los niveles explicativos, las hipótesis generales sobre las que la lingüística trabaja? ¿El reconocimiento de la existencia de lenguas disímiles que pueden ir a parar al inmenso tronco común de los universales del lenguaje?, ¿la necesidad de explicación y descripción de los diferentes niveles que conciernen a la lengua? Es posible que estas preguntas no sean inútiles en la medida en que remiten a un cuestionamiento: este cuestionamiento remite a su vez a las circularidades estructurales y formales en que ha quedado aprisionada la ciencia. Podríamos obviar la discusión, remitirnos a propagandizar los avances de la lingüística y a correlacionarlos con los diversos fenómenos de la comunicación. Sin embargo, para situar a la lingüística, sea imbricada, sea unida a las preocupaciones de los comunicadores, debemos comenzar por desmontar ese aparato conceptual y científico que nos han dejado en herencia los procesos burgueses de pensamiento.

En una primera etapa de desarrollo que coincide con la ruptura saussureana y los simultáneos aportes en Europa y Estados Unidos, la lingüística comienza a demostrar que es posible estudiar y decir muchas cosas sobre el lenguaje y la organización de la lengua sin tener en cuenta un factor primordial: la determinación social de los hechos del lenguaje y la necesidad de compromiso que debe asumir un lingüista en la consideración y aplicación de su ciencia. En efecto, aislando la reflexión en el terreno de las particularidades y comportamiento de la estructura, la lingüística tiende a eludir el dominio del sentido y relega los fenómenos del habla y del discurso a la realización individual. En este movimiento se imbrican dos posiciones casi contemporáneas representadas por la herencia del romanticismo y las incipientes necesidades científicas del positivismo. La oposición que se plantea en términos tanto lingüísticos como sociológicos no es de ningún modo individuo-sociedad entendida como procesos individuales de operaciones lingüísticas y procesos sociales, es decir no se plantea como actividad del sujeto por una parte y realizaciones sociales en el campo discursivo por otra. La oposición que maneja esta concepción es individuo-colectividad en el sentido de predeterminación colectiva, cohesión estructural de una totalidad social o lingüística en oposición a la libre acción lingüística (o social) del sujeto. Este postulado se encuentra ya en Durkheim, no en vano considerado precursor sociológico del desarrollo de la lingüística; para él la sociología trata especies sociales y no pro-

cesos político-ideológicos. Las especies sociales son objetivas y distintas, reconocibles unas de otras y la sociedad se caracteriza por su solidaridad orgánica.

Desde este enfoque, dos corrientes aparentemente antagónicas en lingüística, por lo menos así denunciadas por Bakhtine en tempranos años de este siglo, se podrían concebir como relativamente opuestas. En tanto el subjetivismo idealista muestra la participación activa del sujeto y el proceso creativo de los hechos individuales con la consecuente preeminencia de las leyes psico-individuales, el objetivismo abstracto, pretendiendo inclinar la balanza hacia los fenómenos subyacentes de la actividad colectiva, permite en realidad la perduración de esa concepción del sujeto hablante como *subjetividad en acto*.

Es decir, esta lingüística científica, al insistir en la valoración de la estructura, deja al habla, al discurso y a los fenómenos de sentido, como recurso de la libertad individual. Es en este sentido que hablo de relativa oposición entre dos tendencias que han sido situadas como antagónicas.

Dejemos por ahora la caracterización de estas dos relativas oposiciones en relación a los logros de la lingüística y tratemos de definir los rasgos principales de la corriente formalista (especialmente saussureana) teniendo en cuenta que los criterios generales sobre la ciencia se han orientado principalmente en este rumbo:

1. En primer lugar las leyes de la lengua son leyes internas donde los signos y las entidades funcionales se relacionan en el interior de un sistema cerrado. Estas leyes valen para todo sistema lingüístico más allá de las determinaciones discursivas. El habla y el discurso quedan fuera del alcance de estas leyes.

2. Los esquemas lingüísticos nada tienen que ver con los aspectos ideológicos y los problemas sociales.

3. Los actos de habla individuales o colectivos constituyen simples variantes de un esquema previo.

4. El lingüista, en tanto sujeto de conocimiento e intérprete de los hechos del lenguaje, deberá abocarse, para reconocer ese objeto que es la lengua, a trabajar sobre esa realidad objetiva.

Estos rasgos se desprenden principalmente del estructuralismo saussureano, post saussureano y también del que a partir de Bloomfield se desarrolló en Estados Unidos. Se trata de una lingüística científica que no puede apoyarse en los problemas específicos sino en las generalizaciones de los fenómenos que analiza. La aparición de la gramática generativa cerca de los años sesenta con las *Estructuras Sintácticas* de Noam Chomsky retoma, aunque dentro de un sistema diferente, parte de estos postulados. A la distinción lengua/habla hecha por Saussure le sucede otra terminología: competencia/actuación. Lo interesante es que con diferentes posiciones teóricas —en Saussure teoría de la organización paradigmática, en Chomsky teoría de los procesos sintagmáticos, ambos excluyen lo individual e insisten en que lo específico lingüístico radica en el análisis de la lengua o la competencia.

Para proseguir con esta especie de historia interpretativa del desarrollo de la ciencia del lenguaje, digamos que los términos que caracterizan a las posiciones

formalistas con las consecuentes descripciones de lenguas y estructuras superficiales y profundas de los procesos sintagmáticos, se ven cuestionados parcialmente hacia los años sesenta por avances concretos: activada por su propio impulso, la lingüística comienza a internarse en el dominio del sentido, rescata al habla de su segregación inicial, se ocupa de la problemática social en la consideración de los hechos del lenguaje, se interna en los hechos de discurso y simultáneamente comienza a desarrollarse la semiología como estudio de los sistemas de significaciones y esquemas formales diferentes cuantitativa y cualitativamente a la realidad de los lenguajes naturales.

Para avanzar en una reflexión que tienda a ligar los estudios sobre el lenguaje con la comunicación social, quiero destacar como hipótesis que en cada una de esas nuevas perspectivas que comienzan a reclamarse como estudios pertenecientes o cercanas a la lingüística, existe una dualidad significativa, un permanente mecanismo de cierre y apertura donde frecuentemente un camino aparentemente cerrado abre paso a nuevos cuestionamientos y avances que se sitúan en el polo productivo de la problemática e inician perspectivas, abren nuevas posibilidades de indagación con tendencia de apertura a la relación entre formaciones sociales y hechos del lenguaje, a la relación entre cultura y procesos lingüísticos.

Así planteadas las cosas no es difícil reconocer que los lingüistas hayan bifurcado sus posiciones en el sentido de reconocer en la misma ciencia por una parte aquellos elementos que suponían la tendencia al formalismo y, por otra, la relación del lenguaje con los hechos vinculados a las contradicciones sociales.

En lo que sigue, trataré de hacer un breve recorrido por tres niveles que tienen su punto de origen en la lingüística: la sociolingüística, la semiología y la teoría del discurso, con el propósito de encontrar los puntos de acercamiento entre estos niveles y la problemática de la comunicación social. Creo que al final de mis observaciones y críticas podrá observarse que toda la reflexión tenderá a encontrar los puntos de conexión entre comunicadores y lingüistas más que las distancias o los compartimentos: de todos modos la determinación exacta de esas identidades excedería tanto mis propósitos como mis posibilidades.

1. *La sociolingüística*

Afirma Bright en su artículo "Dimensiones de la sociolingüística": "La tarea de la sociolingüística consiste en mostrar la covariación de la estructura lingüística y social. Una de sus tareas principales consiste en mostrar que tales variaciones no son hechos libres sino que se correlacionan con diferencias sociales sistemáticas". Esta afirmación nos aporta las bases de lo que podríamos llamar sociolingüística de la covariación entre lugares sociales y hechos del lenguaje. Dentro de esta línea, la práctica verbal contendría elementos de identificación sobre la pertenencia de los sujetos a determinado grupo. Podemos decir entonces que la orientación que plantea Bright y que es desarrollada por diversos lingüistas norteamericanos, tiene

su objeto principal en los asignadores de lugar social contenido en las manifestaciones discursivas.

Cuando la sociolingüística emplea el modelo de la estratificación y correlaciona estratos sociales con hechos discursivos oculta, en ese movimiento, tanto la relación entre los hechos sociales y del lenguaje como el lugar de los sujetos en las relaciones de producción. La consecuencia última que puede sacarse de este tipo de enfoque es que, si bien se hace hincapié en la validez fonológica, léxica y conceptual de los discursos y manifestaciones lingüísticas de los sectores ubicados en estratos sociales inferiores, la sociedad es leída como una estructura de coexistencia de clases y no como un espacio de contradicción, antagonismo y dominación. Para esta concepción la sociedad "es como es en apariencia" y sólo tiende a demostrar que no hay unos sectores menos dotados que otros en el campo de la productividad lingüística: lo que deja de plantear este enfoque es hasta qué punto las estructuras de poder y los discursos vigentes estructuran esferas ideológicas y simbólicas que afectan las capacidades lingüísticas y las relaciones sociales entre clases. Lo que deja de plantear este enfoque es el tipo de intercambio lingüístico que se establece entre esos individuos que representan los lugares de las diferentes clases. Lo que deja de preguntarse este enfoque es cuáles son las formas representativas y no representativas del lenguaje según las normas establecidas por los sectores dominantes en relación a los sectores dominados. Y por último, también olvida preguntar cuál es el papel de los discursos del poder en relación a la realidad lingüística y social de los sujetos.

Otro sociolingüista, Jean Baptiste Marcellesi, nos aporta elementos para rescatar la dimensión productiva de las hipótesis en sociolingüística. Permítaseme citar un pasaje de su artículo "La contribution de la sociolinguistique a l'étude du discours politique" (la traducción es mía).

"La actividad de lenguaje puede o no desembocar en un discurso que no es (o no es considerado como) la obra de uno de los individuos pertenecientes al grupo, sino como el discurso del grupo entero. Este último se erige entonces en un hablante intelectual colectivo que sólo existe en la medida en que el discurso colectivo existe. Este discurso puede tener diversas formas (...) Si consideramos a estos locutores colectivos, los definiremos por *su lugar* en las relaciones de producción y en la lucha por la transformación o mantenimiento de las mismas.

1) Las clases sociales y entre ellas en primer lugar las clases antagónicas, producen un discurso que el investigador sólo puede interpretar y constituir si procede al mismo tiempo a un reconocimiento del lugar de los tantos discursos en el marco del antagonismo social.

2) Los grupos caracterizados por su lugar en el trabajo productivo tienen sus documentos profesionales y técnicos: existen grupos de este tipo que pueden considerarse como los implicados en las actividades culturales y de ocio que contribuyen a la reproducción de la fuerza de trabajo.
(...)

Agregaremos los discursos de individuos que expresan de una manera u otra la posición de un grupo o de una manera general todo lo que en un grupo es discurso deliberativo. La condición es que se trate de un discurso donde de una manera u otra el sujeto de enunciación puede ser un *nosotros*. El discurso constituye efectivamente al grupo en intelectual colectivo puesto que la actividad lingüística tiene como finalidad la producción de uno o varios discursos colectivos.”

La apertura de la sociolingüística planteada por Marcellesi difiere esencialmente de la posición anteriormente analizada y abre el camino a una nueva consideración de los fenómenos discursivos. Esta concepción vincula los lugares sociales en que estos fenómenos se producen con las conductas lingüísticas consideradas como actividades sociales. Otra concepción se abre paso frente a aquella que consideraba el discurso como expresión de un sujeto individual: según ella los hablantes producen su discurso en relación con las condiciones de producción en que lo instalan esos lugares sociales que representa. Surge de aquí un estrecho vínculo de la lingüística con la comunicación social en general: si los fenómenos lingüísticos, más allá de ciertas pautas sistemáticas, constituyen uno de los lugares donde se producen los esfuerzos del mantenimiento/subversión del *statuto quo dominante*, la comunicación social, en tanto foco de irradiación colectivo de discursos de diversa índole, es materia de la lingüística social.

2. *La semiología*

Cito a un autor:

“A juzgar por un reciente espectáculo de las compañías jóvenes, el teatro joven hereda con entusiasmo mitos de lo viejo (lo cual hace que no se sepa muy bien en qué se distinguen entre sí). Se sabe por ejemplo que dentro del teatro burgués, el actor, “devorado” por su personaje, debe aparecer como abrasado por un verdadero incendio de pasión. Hace falta “hervir” y a la vez desparramarse; de allí las formas húmedas que adopta esta combustión. En una pieza nueva que ha obtenido un premio, ambos protagonistas se han desparramado en líquidos de todo tipo: lloros, sudores y saliva. Se tenía la impresión de asistir a un tormento fisiológico espantoso, a una torsión monstruosa de los tejidos internos, como si la pasión fuese una gruesa esponja mojada apretada por la mano implacable del dramaturgo.”

(la traducción es mía).

¿Un crítico, un humorista, un semiólogo? He tomado absolutamente al azar, aunque en algo impelida por la fineza del humorismo, un párrafo de Roland Barthes, de su *Mythologies*. Cualquier ejercicio de lectura de este libro es fructífero, cualquier capítulo es significativo, cualquier párrafo entre humorístico y dramático nos conduce a una comprensión insospechada de diferentes realidades, de diferentes discursos de la realidad social. Con este libro asistimos a mediados de

la década de los cincuenta al primer trabajo de una semiología abocada a la tarea de desmistificación de los discursos de la sociedad burguesa.

Años antes, Eric Buijsens había dado los primeros pasos para establecer una prolongación de la profecía saussureana en relación al espacio que debía adquirir esta ciencia. Aunque todavía no sabemos con absoluta certeza cuál es el lugar que ocupa, lo que sí sabemos es que la semiología consistiría en una modalidad de enfoque de los productos sociales considerados como fenómenos interpretables en su propia sistematicidad.

Este enfoque, el semiológico, señala sin duda una vinculación estrechísima con los fenómenos de la comunicación social, casi podría decirse que sus campos se entrecruzan absolutamente. En este sentido la semiología se situaría en relación de inclusión con el objeto general de la comunicación. Pero quiero insistir en un aspecto que ya planteé en otro momento: lo importante será desde qué costado, en nombre de qué posición y con qué objetivos se integra este enfoque.

Es evidente que en la semiología también puede percibirse una trifurcación significativa, semejante, en este caso, a la que señalábamos en relación a la sociolingüística. Más allá de la proyección que la semiología tenga para los esfuerzos de comprensión de los discursos sociales creemos que dentro de ella pueden destacarse (por lo menos) tres tendencias principales que si bien parten del eje común de estructuración/compreñión de los sistemas significativos, difieren en la delimitación de sus objetivos:

1. En primer lugar una tendencia semejante u homologable a los aportes lingüísticos donde la lengua remite a su propio fenómeno de composición y estructuración. Dentro de esta tendencia los especialistas se abocan a encontrar las características globales de los fenómenos semióticos y a reconocer las leyes que los rigen.

2. La perspectiva de una semiología que, reconociendo sus características de ciencia de los discursos sociales, se ubica como previa a todo aporte en el terreno de la comprensión de los fenómenos ideológicos que sustentan los diferentes tipos de mensajes. Prevalece aquí la distinción ciencia-ideología y la semiología se convierte así en un mecanismo de interpretación. En una ciencia que, lúcidamente, comprende la organización última de las formas de mensaje pero prescinde de los hechos político-coyunturales en que se inscribe.

3. Una tercera tendencia plantea la necesidad de los aportes semiológicos como instrumental que pueda verificar sus conclusiones en una práctica social adecuada a la experiencia sociopolítica de los sujetos que la aplican y al espacio político en que tienen lugar los mensajes. Postula además que los mensajes no sólo pueden indagarse en sus determinaciones ideológicas aisladas sino en las instancias históricas en que circula y en función de la experiencia de los receptores. Volveremos a ello.

Para indagar un poco más en esta última perspectiva, que es la que asumo, proponemos hacer un pequeño rodeo y considerar ciertos aspectos que conciernen a la trilogía: lingüística, semiología, medios de comunicación social.

1. La semiología se origina en un desplazamiento metodológico que parte

de la lingüística. Por otra parte, en la adopción de un campo de análisis que fija como objeto la interpretación de formas y significaciones de discursos sociales no específicamente situados en las lenguas naturales aunque estas pueden ser su soporte. Estos lenguajes se consideran como totalidades significativas.

2. El desarrollo de esta ciencia ha sido generalmente parasitario de los sucesivos aportes de la lingüística, especialmente de la corriente estructural donde muchos semiólogos vieron la posibilidad de encontrar una fuente *descriptiva* para integrar tanto las estructuras como los fenómenos de sentido.

3. Alternativamente, comenzaron a percibirse en la semiología vertientes diferentes. Al estudio de los fenómenos de estructuración y sentido sucede la preocupación por la significación de los mensajes que supone dos niveles fundamentales. En primer lugar la crítica a ciertos sistemas de significación considerados como materialidad ideológica de las estructuras de poder en las formaciones sociales capitalistas y dependientes. En segundo lugar el reconocimiento de la necesidad de un análisis de las producciones discursivas que no se detuviera en la mera sistematización de enunciados, sino que tuviera su punto de anclaje en el complejo circuito de comunicación que va de las condiciones de producción de los discursos, al reconocimiento de las superficies discursivas y de las superficies discursivas, a las condiciones de recepción de los mensajes. Esta corriente presenta reales aperturas.

4. En relación a la lingüística, en la medida en que tiende a abandonar o integrar concientemente sus perspectivas formalistas y se interne en el terreno de explicación previa de todo intento de mensajes verbales, podrá avanzar en el campo del análisis situando objetos comunes con la semiología: uno de esos objetos será, con diferentes niveles de especificidad, el estudio de las diversas modalidades de la comunicación social. Estudio y acción que incluya tanto los aparatos generadores de consenso como las formas alternativas de comunicación en el marco de los antagonismos sociales.

En este sentido siento que se puede avanzar en direcciones paralelas: una semiología tanto como una lingüística social necesitan coincidir por lo menos en dos aspectos: en la identificación previa de los fenómenos que se analizan, entendida como la posición del sujeto de conocimiento frente a los lugares que los mensajes ocupan en el proceso social; en los objetivos políticos que en coyunturas específicas otorgan significación a tal tipo de aproximaciones.

Esta posición es la sustentada por la tercera línea semiológica a que he aludido y está adquiriendo un particular desarrollo en América Latina.

3. *La teoría del discurso*

Antes de abordar el problema del análisis del discurso con sus implicaciones en los fenómenos de la comunicación social o, mejor dicho, antes de abordar el punto de articulación entre la comunicación y la teoría del discurso, considero de interés retomar algunas de las consideraciones que he manifestado previamente.

En primer lugar la pertenencia del llamado análisis del discurso a esa zona que la lingüística había soslayado en sus primeras construcciones científicas. En segundo lugar la pertenencia de esta vía de análisis a una doble característica ya mencionada. Por una parte los analistas se internan en procedimientos formales que intentan dar cuenta de las estructuraciones de los hechos discursivos; estos procedimientos formales colocan el acento en el encadenamiento, relación y secuencias entre las estructuras de frase que conforman los procesos. Por otra, y dentro del polo de apertura, se comienza a cuestionar la posibilidad de centrar el objeto de análisis en la pura consideración de la materia significativa y/o en los instrumentos formales que sirven para analizarla. De esta tendencia surge un nuevo camino de trabajo que sitúa los hechos de discurso como algo más que una mera indagación de su superficie material.

El objeto no es el discurso —dice Michel Foucault— sino las condiciones de posibilidad, en el campo problemático que le asigna cierto modo de existencia y que hace que en cierta época, en cierto lugar, nadie diga nada por azar”. Foucault insiste sobre algunos aspectos importantes para delimitar ese objeto. En primer lugar el objeto no es el referente, no son las cosas a que alude el texto; en segundo lugar el análisis no puede pretender ser una descripción total, exhaustiva del lenguaje ni de su estructura formal. Esta perspectiva, que nos permite ubicar la problemática de lo discursivo en el terreno de la producción social de sentido, permite visualizar varios rumbos de análisis cuyos ejes fundamentales estarían situados tanto en las condiciones que posibilitan al discurso, como en sus circuitos y espacios de producción y consumo.

1. Hemos hablado de condiciones de posibilidad y de condiciones de producción. ¿Es posible relacionar estos dos conceptos, es decir, manejarlos casi como iguales? Creo que sí, a condición de que al concepto condiciones de producción le adjudiquemos una definición amplia integrada sobre todo al lugar social que ocupa el discurso y a sus determinaciones lingüísticas concretas.

Algunos autores han sostenido, en especial M. Pecheux, que las condiciones de producción de un discurso sólo se remiten a los mecanismos por medio de los cuales se ubican los protagonistas de la comunicación (emisor-receptor) y el objeto del discurso. Cree, en cambio, que con una aproximación más amplia podríamos encontrar las dimensiones del concepto.

En todo caso y para insistir una vez más en conceptos que ya hemos manejado, lo cierto es que esta noción se presenta como totalmente opuesta a la idea romántico-positivista de libre albedrío discursivo o libertad creadora del sujeto.

2. Sobre esta base podríamos decir que las condiciones de producción del discurso pueden ser consideradas en una doble dimensión. Por una parte en la existencia de elementos pre-discursivos, tanto lingüísticos como mecanismos específicos de comunicación. Por otra, en la pertenencia de esos discursos a formaciones discursivas determinadas que pueden caracterizarse por el lugar social que ocupan en su ámbito de funcionamiento y consumo.

3. Aclaremos un poco el concepto de formación discursiva. Podemos decir que en el ámbito del lenguaje, los discursos, al ocupar lugares en la sociedad, se

manifiestan como formas específicas que podemos reconocer en nuestra realidad cotidiana: un discurso de prensa, una telenovela que se transmite a tal o cual hora, una forma ritual religiosa, un texto o una modalidad de comunicación que se integra en el discurso pedagógico, en fin, un hecho de comunicación doméstica. Pues bien, estas formas que a su vez sostienen vínculos de relación y dependencia entre sí, constituyen instancias donde las luchas, la dominación, la dependencia, la explotación, la reproducción de las relaciones sociales de producción, etcétera, se encuentran materializadas. Estos conceptos pueden remitirse también, como lo adelanté hace pocos momentos, a los hechos de discurso que plantean la distancia entre muchas formas de comunicación. Como entre la llamada, por ejemplo, comunicación masiva o escolar y las realidades discursivas de los sectores dominados y explotados.

Para resumir, digamos que esta breve recorrida a las disciplinas y posiciones vinculadas a la lingüística nos permite, más que una puesta al día de sus avances teóricos, el planteamiento de una problemática que constituye, a la vez, una propuesta: si situamos el campo de la lingüística en el marco de los mensajes considerados como hechos sociales e ideológicos, la comunicación social no puede considerarse tributaria de esta ciencia; por el contrario, ambas conforman una presencia solidaria y, en estrecho vínculo, pueden encontrar respuestas creadoras a los complejos interrogantes que plantean los objetos que manipulan.